La alegría de los buenos libros

De cómo Johny el Leproso se anticipó a la muerte

GUSTAVO A. LÓPEZ RAMÍREZ
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, Medellín, 2011, 151 págs.

UN BUEN libro siempre produce alegría. Y a mí me produce más alegría si el buen libro que leo es de un autor nuevo, o al menos si no es un autor conocido y el libro es producto de algún concurso, de algún taller, o es su primer libro sin importar la edad del autor.

El libro que me ocupa en esta reseña es *De cómo Johny el Leproso se anticipó a la muerte* de Gustavo Adolfo López Ramírez (Caldas), ganador en 2010 del X Concurso Nacional de Cuento Cámara de Comercio de Medellín. El autor es médico y vive en Manizales, a juzgar por lo que se dice en la reseña biobibliográfica, en la cual cuentan que ha sido ganador de varios concursos de aquellos de los cuales nadie se entera, excepto los interesados. Y de donde también se deduce que no es este un autor joven, digamos de veinticinco años, no. Pero nada de eso importa. Este es un muy buen libro que contiene diez cuentos, todos buenos. En ellos el autor demuestra que disfruta lo que escribe y que escribe fácil, lo cual es una gran irresponsabilidad que me permito decir, porque, aunque sé que escribir nunca es fácil, y aunque sé que hacer que en arte algo parezca fácil es justamente lo más difícil (que eso, al final de todas las cuentas y de todas las teorías, es lo más difícil), la verdad es que percibo en esta escritura mucho gusto, muy buen humor, mucha comodidad con el lenguaje. Sin eso, además, creo que no se pueden escribir buenos cuentos, ni nada.

El lenguaje que utiliza en sus narraciones es versátil, se acomoda a todas las situaciones y a todos sus personajes que son variopintos y locuaces, pero son, ante todo, creíbles. Aunque algunos de ellos asumen el habla de la calle, por ejemplo en "La vida que nos merecemos", una especie de comedia protagonizada por un par de los llamados *desechables* (Habitantes en Situación de Calle –así, con mayúsculas– los llama el actual lenguaje ideado por burócratas de las administraciones) y una señora de la alta sociedad de Manizales ("lo más parecido a un pobre es un rico de Manizales", dice ella en un diálogo delirante con uno de sus captores desechables), en la cual lo que a veces parece que se va a convertir en una tragedia termina en una narración jocosa, muy divertida y llena de ironía, donde el lenguaje, sin duda, desempeña un papel muy importante. Es muy difícil usar bien un vocabulario puesto en labios de gente que vive en la calle y cuya forma de vida no es la trascendencia ni la queja, sino la burla de todo, la trampa (también en el lenguaje) y la risa de sí mismos con gran dosis de cinismo. Es difícil hacer personajes entrañables así, sin caer en patetismos, tal como hizo Rulfo con los campesinos de México.

Pero también en el cuento "Los efectos anestésicos del whisky", en buena medida sustentado en las descripciones que hace su protagonista –un anestesiólogo experto tomador de *whisky*–. El lector disfruta las varias lecciones que sobre la bebida nos da el personaje, aunque siempre justificadas por diversas situaciones. Al final, el narrador, saliéndose un tanto de su papel omnisciente, en un aparte nos dirige a nosotros la palabra y remata de manera bella:

> Tenía razón el viejo Floreal. El whisky es como una metáfora de la vida. No la vida de alguien considerado en su individualidad, sino la vida en sí misma. La que brota en las tierras altas en forma de grano de cebada, la que picotea la huidiza perdiz, la que se arranca, se limpia, se separa, se almacena y se fermenta, la que se vuelve mosto, la que se destila y luego se reserva, la que envejece en el oscuro roble, la que se embotella, la que se compra, la que se vende, la que se bebe con placer y con angustia, la que mitiga el dolor, la que emborracha. La que se va con los viajeros. Los que nunca vuelven.

Lo que digo: cuando se tiene dominio del lenguaje, la prosa parece fácil, porque es fluida, porque se lee con delicia. (En este punto abro un paréntesis para referirme a las ilustraciones que acompañan los inicios de los cuentos, sin nombre de autor y seguramente puestos por los editores, unos dibujos insípidos y obvios que nada dicen, solo que este cuento lo ilustran con una botella y una copa de vino. El gazapo no es menor, dado que en el cuento siempre se habló, como debe ser y como es obvio, de vasos de *whisky*. Las ilustraciones, como los adjetivos, "cuando no dan vida, matan").

En "La rodilla esquizofrénica", otro cuento de trama entretenida que mantiene la intriga hasta el final y discurre con gran soltura, el autor echa mano de un lenguaje médico que conoce a la perfección. A partir del postulado de Rufus de Éfeso, que, nos dice el narrador y protagonista, consiste en que "la historia clínica es la piedra angular de un acto médico perfecto", entra en una historia chispeante, jocosa y al final trágica, en la cual él, cirujano ortopedista, se ve envuelto en un pequeño infierno de locura y muerte que da con sus huesos en la cárcel. Otra vez un cuento delicioso y perfecto.

He leído buena parte de los libros ganadores de este concurso de la Cámara de Comercio de Medellín, unos pocos memorables, como la bella novela *Un beso de Dick* (1992) de Fernando Molano y la colección de cuentos *Odios* (2005) de Sandra Castrillón. A mi lista entra *De cómo Johny el Leproso se anticipó a la muerte* de Gustavo Adolfo López.

Luis Germán Sierra J.